



SUMARIO

EDITORIAL.....	34
LA VOZ DEL PAPA.....	35
- Catequesis sobre la oración (del 6 de mayo al 17 de junio)	
COLABORACIONES.....	41
- Oración y epidemia, <i>Olga de la Cruz: Carmelo de Loeches</i>	
NOTICIAS DE LA IGLESIA UNIVERSAL.....	42
- Carta de la CIVCSVA del 16 de marzo	
- Carta de la CIVCSVA del 4 de abril.....	44
NOTICIAS DE LA IGLESIA EN ESPAÑA.....	46
- Carta del presidente de CLAUNE a las religiosas de España	
- Ante el inicio de la salida del confinamiento (Comisión Ejecutiva de la CEE).....	49
NOTICIAS DE LOS MONASTERIOS.....	51
- Franciscanas de clausura se unen en oración por el fin de la pandemia	
- Dulces para luchar contra el COVID-19	
- Cambian la repostería por las mascarillas.....	52
- Más de mil pantallas.....	53
- Las monjas de clausura elaboran mascarillas y organizan cadena de oración.....	54
- Unidos en oración durante el COVID	
- 152 monasterios de clausura logran sobrevivir a la pandemia.....	55
NOTICIAS DE “CLAUNE”.....	56
ENTRA EN EL GOZO DE TU SEÑOR.....	57
DEJARON HUELLAS.....	60
- Sor San José Sánchez Romero, OP. Mártir <i>Ignacio Pérez Pérez</i>	
LIBROS.....	63
- Fidelidad. De Dios y en la vida consagrada, <i>Lourdes Grosso García (ed.)</i>	
CONTRAPORTADA.....	64
- El Padre Nuestro desde el otro lado	



Cristo resucitado de la Parroquia de San Juan de la Cruz de Madrid.

EL AMOR ES MÁS FUERTE... _____

Estos meses hemos vivido condicionados por una pandemia. Ha colapsado hospitales, superado medidas políticas, cambiado costumbres sociales, crecido el número de defunciones... pero no ha sido capaz de vencer al AMOR.

El boletín del Instituto Pontificio CLAUNE quiere homenajear al AMOR, que se ha mantenido y acrecentado durante estos meses, sobre todo en el ámbito de la vida contemplativa de la Iglesia.

Un reconocimiento y agradecimiento, en primer lugar, a nuestro Dios AMOR, que con la resurrección de su Hijo [portada], vivida en estos días de confinamiento, nos asegura su amor de Padre [contraportada].

El AMOR se ha hecho presente a través de los Pastores de la Iglesia. La Santa Sede ha enviado dos cartas durante estos meses para alentar la vida consagrada [Iglesia universal]. Y nuestro querido Presidente de CLAUNE ha enviado otra carta, desarrollando bellamente la escena de los discípulos de Emaús [Iglesia en España].

Principalmente interesa descubrir la presencia del AMOR en los monasterios de vida contemplativa. ¿Cómo se ha vivido estos meses en los monasterios de clausura? Desde una vivencia teologal empapada por la respectiva espiritualidad carismática [Colaboraciones]; siendo respuesta de oración y acción a la situación concreta de la sociedad y de la Iglesia [Desde los monasterios]; incluso, dando la vida en este servicio [Entre en el gozo...]. La vida contemplativa ha demostrado que su apartamiento del mundo está al servicio del mundo.

Gracias, ¡vida contemplativa! Gracias por vuestro testimonio de AMOR.



LA VOZ DEL PAPA



El Papa Francisco ha iniciado una serie de catequesis sobre la oración.

Seguiremos la voz del Papa sobre este tema tan querido por la vida contemplativa ayudados por los resúmenes elaborados por el P. Sebastián Rodríguez, L.C.

Catequesis: 1. El misterio de la oración (6 de mayo de 2020)

La oración es el aliento de la fe, es su expresión más adecuada. Como un grito que sale del corazón de los que creen y se confían a Dios.

Sus gritos repetidos molestan, no resultan educados, y muchos le reprenden, le dicen que se calle. “Pero sé educado, ¡no hagas eso!”. Pero el ciego Bartimeo no se calla, al contrario, grita todavía más fuerte: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!» (v. 47). Esa testarudez tan hermosa de los que buscan una gracia y llaman, llaman a la puerta del corazón de Dios. Él grita, llama. Esa frase: “Hijo de David”, es muy importante, significa “el Mesías” —confiesa al Mesías—, es una profesión de fe que sale de la boca de ese hombre despreciado por todos.

Y Jesús escucha su grito. La plegaria de Bartimeo toca su corazón, el corazón de Dios, y las puertas de la salvación se abren para él. Jesús lo manda a llamar. Él se levanta de un brinco y los que antes le decían que se callara ahora lo conducen al Maestro. Jesús le habla, le pide que exprese su deseo —esto es importante— y entonces el grito se convierte en una petición: “¡Haz que recobre la vista!”. (cf. v. 51).

La fe es una protesta contra una condición dolorosa de la cual no entendemos la razón; la no fe es limitarse a sufrir una situación a la cual nos hemos adaptado. La fe es la esperanza de ser salvado; la no fe es acostumbrarse al mal que nos oprime y seguir así.

Queridos hermanos y hermanas, empezamos esta serie de catequesis con el grito de Bartimeo, porque quizás en una figura como la suya ya está escrito todo. Bartimeo es un hombre

perseverante. Alrededor de él había gente que explicaba que implorar era inútil, que era un vocear sin respuesta, que era ruido que molestaba y basta, que por favor dejase de gritar: pero él no se quedó callado. Y al final consiguió lo que quería.

Catequesis: 2. La oración del cristiano (13 de mayo de 2020)

La oración pertenece a todos: a la gente de cualquier religión, y probablemente también a aquellos que no profesan ninguna. La oración nace en el secreto de nosotros mismos, en ese lugar interior que los autores espirituales suelen llamar “corazón” (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 2562-2563).

Las emociones rezan, pero no se puede decir que la oración es sólo emoción. La inteligencia reza, pero rezar no es sólo un acto intelectual. El cuerpo reza, pero se puede hablar con Dios incluso en la más grave discapacidad. Por lo tanto, es todo el hombre el que reza, si su “corazón” reza.

La oración es un impulso, es una invocación que va más allá de nosotros mismos: algo que nace en lo profundo de nuestra persona y se proyecta, porque siente la nostalgia de un encuentro.

El encuentro entre el “yo” y el “Tú” no se puede hacer con las calculadoras: es un encuentro humano y muchas veces se va a tientas para encontrar el “Tú” que mi “yo” estaba buscando.

La oración del cristiano entra en relación con el Dios de rostro más tierno, que no quiere infundir miedo alguno a los hombres. Esta es la primera característica de la oración cristiana.

Dios es el amigo, el aliado, el esposo. En la oración podemos establecer una relación de confianza con Él, tanto que en el “Padre Nuestro” Jesús nos ha enseñado a hacerle una serie de peticiones. A Dios podemos pedirle todo, todo, explicarle todo, contarle todo. No importa si en nuestra relación con Dios nos sentimos en defecto: no somos buenos amigos, no somos hijos agradecidos, no somos cónyuges fieles. Él sigue amándonos.

Catequesis: 3. El misterio de la creación (20 de mayo de 2020)

La vida, el simple hecho de existir, abre el corazón del ser humano a la oración.

La primera página de la Biblia se parece a un gran himno de acción de gracias. El relato de la Creación está ritmado por ritornelos donde se reafirma continuamente la bondad y la belleza de todo lo que existe. Dios, con su palabra, llama a la vida, y todas las cosas entran en la existencia.

El hombre orante contempla el misterio de la existencia a su alrededor, ve el cielo estrellado que lo cubre –que los astrofísicos nos muestran hoy en día en toda su inmensidad– y se pregunta qué diseño de amor debe haber detrás de una obra tan poderosa... Y,

en esta inmensidad ilimitada ¿qué es el hombre? “Qué poco”, dice otro salmo (cf. 89,48): un ser que nace, un ser que muere, una criatura fragilísima. Y, sin embargo, en todo el universo, el ser humano es la única criatura consciente de tal profusión de belleza.

La oración del hombre está estrechamente ligada al sentimiento de asombro. La grandeza del hombre es infinitesimal cuando se compara con las dimensiones del universo. Sus conquistas más grandes parecen poca cosa... Pero el hombre no es nada. En la oración, se afirma rotundamente un sentimiento de misericordia. Nada existe por casualidad: el secreto del universo reside en una mirada benévola que alguien cruza con nuestros ojos.

La oración es la primera fuerza de la esperanza. Tú rezas y la esperanza crece, avanza. Yo diría que la oración abre la puerta a la esperanza. La esperanza está ahí, pero con mi oración le abro la puerta. Porque los hombres de oración custodian las verdades basilares; son los que repiten, primero a sí mismos y luego a todos los demás, que esta vida, a pesar de todas sus fatigas y pruebas, a pesar de sus días difíciles, está llena de una gracia por la que maravillarse. Y como tal, siempre debe ser defendida y protegida.

La oración te ilumina: te ilumina el alma, te ilumina el corazón y te ilumina el rostro. Incluso en los tiempos más oscuros, incluso en los tiempos de dolor más grande.

Todos somos portadores de alegría. ¿Lo habíais pensado? ¿Qué eres un portador de alegría? ¿O prefieres llevar malas noticias, cosas que entristecen? Todos somos capaces de portar alegría. Esta vida es el regalo que Dios nos ha dado: y es demasiado corta para consumirla en la tristeza, en la amargura. Alabemos a Dios, contentos simplemente de existir.

Es necesario sentir esa inquietud del corazón que lleva a dar gracias y a alabar a Dios. Somos los hijos del gran Rey, del Creador, capaces de leer su firma en toda la creación; esa creación que hoy nosotros custodiamos, pero en esa creación está la firma de Dios que lo hizo por amor.

Catequesis: 4. La oración de los justos (27 de mayo de 2020)



En los primeros capítulos del libro de Génesis, observamos cómo el plan de Dios para la humanidad era bueno; no obstante, la presencia del mal se expandía sin remedio. Adán y Eva dudaron de las buenas intenciones de Dios y se dejaron engañar por el maligno. Ese mal pasó a la segunda generación: Caín sintió envidia de su hermano Abel y lo mató; y así, el mal se fue extendiendo como un incendio que arrasa todo.

¡La oración tiene el poder de escribir el destino de la humanidad de modo diferente! Vemos, por ejemplo, a Abel que ofreció a Dios un sacrificio de primicias; también, a Noé, un hombre justo que “caminó con Dios” y ante quien Dios cambió su intención de arrasar todo el género humano.

Los animo a leer las primeras páginas del libro del Génesis para redescubrir la fuerza que tiene la oración de los “amigos de Dios”, y para hacer nosotros lo mismo. Invoquemos su Nombre con confianza y elevemos nuestra oración conjunta para que el Señor sane a este mundo de todas sus dolencias, y a nosotros nos haga experimentar la alegría de la salvación.

Catequesis: 5. La oración de Abraham (3 de junio de 2020)

Hay una voz que de improviso resuena en la vida de Abraham. Una voz que le invita a emprender un camino que suena absurdo: una voz que le incita a desarraigarse de su patria, de las raíces de su familia, para ir hacia un futuro nuevo, un futuro diferente. Y todo sobre la base de una promesa, de la que sólo hay que fiarse. Y fiarse de una promesa no es fácil, hace falta valor. Y Abraham se fió.

Y Abraham parte. Escucha la voz de Dios y se fía de su palabra. Esto es importante: se fía de la palabra de Dios. Y con esta partida nace una nueva forma de concebir la relación con Dios; es por eso por lo que el pa-

triarca Abraham está presente en las grandes tradiciones espirituales judía, cristiana e islámica como el perfecto hombre de Dios, capaz de someterse a Él, incluso cuando su voluntad es difícil, sino incluso incomprensible.

Abraham es, por lo tanto, el hombre de la Palabra. Cuando Dios habla, el hombre se convierte en el receptor de esa Palabra y su vida en el lugar donde pide encarnarse. Esta es una gran novedad en el camino religioso del hombre: la vida del creyente comienza a concebirse como una vocación, es decir, como llamada, como un lugar donde se cumple una promesa; y él se mueve en el mundo no tanto bajo el peso de un enigma, sino con la fuerza de esa promesa, que un día se cumplirá.

El Dios de Abraham se convierte en “mi Dios”, el Dios de mi historia personal, que guía mis pasos, que no me abandona; el Dios de mis días, el compañero de mis aventuras; el Dios Providencia. Yo me pregunto y os pregunto: ¿nosotros tenemos esta experiencia de Dios? ¿“Mi Dios”, el Dios que me acompaña, el Dios de mi historia personal, el Dios que guía mis pasos, que no me abandona, el Dios de mis días? ¿Tenemos esta experiencia? Pensémoslo.

Así Abraham se familiariza con Dios, capaz también de discutir con Él, pero siempre fiel. Habla con Dios y discute. Hasta la prueba suprema, cuando Dios le pide que sacrifique a su propio hijo Isaac, el hijo de la vejez, el único

heredero. Aquí Abraham vive su fe como un drama, como un caminar a tientas en la noche, bajo un cielo esta vez desprovisto de estrellas. Y tantas veces nos pasa también a nosotros, caminar en la oscuridad, pero con la fe.

Aprendamos a rezar con fe: a escuchar al Señor, a caminar, a dialogar hasta discutir. ¡No tengamos miedo de discutir con Dios! Voy a decir algo que parecerá una herejía. Tantas veces he escuchado gente que me dice: –“Sabe, me ha pasado esto y me he enfadado con Dios”. –“¿Tú has tenido el valor de enfadarte con Dios?” –“Sí, me he enfadado”. –“Pero esa es una forma de oración”.

Con Dios aprendamos a hablar como un hijo con su papá: escucharlo, responder, discutir. Pero transparente, como un hijo con su papá. Así nos enseña a rezar Abraham.

Catequesis: 6. La oración de Jacob (10 de junio de 2020)

El libro del Génesis, a través de las vivencias de hombres y mujeres de épocas lejanas nos cuenta historias en las que podemos reflejar nuestra vida. En el ciclo de los patriarcas encontramos también la de un hombre que había hecho de la astucia su mejor cualidad: Jacob. El relato bíblico nos habla de la difícil relación que Jacob tenía con su hermano Esaú. Desde pequeños hay rivalidad entre ellos y nunca la superarán. Jacob es el segundo hijo –eran gemelos–, pero

mediante engaños consigue arrebatar a su padre Isaac la bendición y el don de la primogenitura (cf. Génesis 25,19-34).

Luchar con Dios: una metáfora de la oración. Otras veces Jacob se había mostrado capaz de dialogar con Dios, de sentirlo como una presencia amiga y cercana.

Cambio de nombre, cambio del modo de vivir y cambio de la personalidad: sale cambiado. Por una vez ya no es dueño de la situación –su astucia no sirve–, ya no es el hombre estratega y calculador; Dios lo devuelve a su verdad de mortal que tiembla y tiene miedo, porque Jacob en la lucha tiene miedo. Por una vez Jacob no tiene otra cosa que presentar a Dios más que su fragilidad y su impotencia, también sus pecados. Y es este Jacob el que recibe de Dios la bendición, con la cual entra cojeando en la tierra prometida: vulnerable y vulnerado, pero con el corazón nuevo.

Todos nosotros tenemos una cita en la noche con Dios, en la noche de nuestra vida, en las muchas noches de nuestra vida: momentos oscuros, momentos de pecados, momentos de desorientación. Ahí hay una cita con Dios, siempre. Él nos sorprenderá en el momento en el que no nos lo esperemos, en el que nos encontremos realmente solos. En aquella misma noche, combatiendo contra lo desconocido, tomaremos conciencia de ser solo pobres hombres –me permito decir “pobrecitos”–, pero,

precisamente entonces, no deberemos temer: porque en ese momento Dios nos dará un nombre nuevo, que contiene el sentido de toda nuestra vida; nos cambiará el corazón y nos dará la bendición reservada a quien se ha dejado cambiar por Él.

Catequesis: 7. La oración de Moisés (17 de junio de 2020)



En nuestro itinerario sobre el tema de la oración, nos estamos dando cuenta de que Dios nunca amó tratar con orantes “fáciles”. Y ni siquiera Moisés será un interlocutor “débil”, desde el primer día de su vocación.

Cuando Dios lo llama, Moisés es humanamente “un fracasado”. El libro del Éxodo nos lo representa en la tierra de Madián como un fugitivo. De joven había sentido piedad por su gente y había tomado partido en defensa de los oprimidos. Pero pronto descubre que, a pesar de sus buenos propósitos, de sus manos no brota justicia, si acaso, violencia.

Moisés es tan amigo de Dios como para poder hablar con Él cara a cara (cf. Éxodo 33,11); y será tan amigo de los hombres como para sentir mi-

sericordia por sus pecados, por sus tentaciones, por la nostalgia repentina que los exiliados sienten por el pasado, pensando en cuando estaban en Egipto.

A pesar de su condición de privilegiado, Moisés no deja de pertenecer a ese grupo de pobres de espíritu que viven haciendo de la confianza en Dios el consuelo de su camino. Es un hombre del pueblo.

Así, el modo más propio de rezar de Moisés será la intercesión (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 2574). Su fe en Dios se funde con el sentido de paternidad que cultiva por su pueblo. La Escritura lo suele representar con las manos tendidas hacia lo alto, hacia Dios, como para actuar como un puente con su propia persona entre el cielo y la tierra. Incluso en los momentos más difíciles, incluso el día en que el pueblo repudia a Dios y a él mismo como guía para hacerse un becerro de oro, Moisés no es capaz de dejar de lado a su pueblo. Es mi pueblo. Es tu pueblo. Es mi pueblo. No reniega ni de Dios ni del pueblo.

Moisés no cambia al pueblo. Es el puente, es el intercesor. Los dos, el pueblo y Dios y él está en el medio. No vende a su gente para hacer carrera. No es un arribista, es un intercesor: por su gente, por su carne, por su historia, por su pueblo y por Dios que lo ha llamado. Es el puente. Qué hermoso ejemplo para todos los pastores que deben ser “puente”.

COLABORACIONES

Oración y epidemia

Escribo estas líneas en medio de la vorágine del “coronavirus” deseando que, cuando se publique, las aguas hayan vuelto ya a su curso.

Esto de las epidemias, o pandemias, no era algo extraño a Teresa de Jesús puesto que las infecciones endémicas, o epidémicas, los “tabardillos”, “calenturillas”, “catarros universales” y demás catástrofes sanitarias eran parte integrante de la vida cotidiana del siglo XVI.

Era aquel un tiempo en el que la vida y muerte convivían estrechamente, a plena luz, sin escondites, y estaba bien asumida la fragilidad de la vida. Pese a ello Teresa de Jesús tuvo que recordar a sus monjas en aquel librito de “Avisos y Consejos” llamado después Camino de Perfección, que “Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada. Procurad de no temerla y dejáros toda en Dios, venga lo que viniere. ¿Qué va en que muramos? y todo en aras de una santa libertad de espíritu tan apreciada por los perfectos que es uno de los bienes mayores que en ésta vida se pueden tener, parafraseando a Santa Teresa.

Siempre es bueno hacer la experiencia de lo que es (Dios) y lo que no es (nosotros), mucho más ahora en éstas sociedades del bienestar que se creen todopoderosas e invulnerables. Como no hay nada nuevo bajo el sol, repetimos la historia de Babel tratando de edificar torres sin fundamento en nuestra vida, queremos alcanzar el cielo a fuerza de brazos y es “muy bueno y muy rebueno” - que diría nuestra Maestra - confiar en ese Dios que se abajó hasta los hombres y que prometió quedarse con nosotros “para siempre, siempre, siempre”.

Quien de veras comienza a servir al Señor, remacha Teresa, lo menos que puede ofrecer es la vida, puesle ha dado su voluntad. ¿Qué teme?... Ciertamente, ¿qué es lo que tanto tememos?

La experiencia de la finitud nos ayudará a “traer muy continuo en el pensamiento la vanidad que es todo y cuán presto se acaba, para quitar las afecciones de las cosas que son tan baladíes y ponerlas en lo que nunca se ha de acabar”. Los pies en la tierra, los ojos en el cielo, la seguridad en Dios, libres nos quiere Jesús, asidos a solo Él.

En tiempos calamitosos, y aún en todo tiempo, es bueno recordar lo que un día escuchó Teresa de “aquella divina boca”. “Haz lo que es en ti y déjame tú a Mí y no te inquietes por nada. Goza del bien que se te ha sido dado, que es muy grande; mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama”.

Olga de la Cruz: Carmelo de Loeches.

[Tomado de la Revista *Santa Teresa* n. 225 p. 40] *Socio de Claune (Huelva)*

NOTICIAS DE LA IGLESIA UNIVERSAL _____

CONGREGATIO PRO INSTITUTIS VITAE CONSECRATAE ET SOCIETATIBUS VITAE APOSTOLICAE

Ciudad del Vaticano, 16 de marzo de 2020

Queridos consagrados y consagradas:

El Señor nos está haciendo vivir esta cuaresma del año 2020 de una manera muy particular, de una manera que nadie podía pensar o imaginar y que realmente requiere cada día de cada uno de nosotros un cambio decidido de estilo y de modo de vida.

Normalmente en cuaresma se multiplican las iniciativas de caridad y los momentos fuertes de oración y reflexión para prepararnos con un espíritu renovado y purificado a las fiestas pascuales, y en nuestras comunidades los momentos de celebración y de reunión se hacen también más intensos. Sin embargo, este año estamos llamados a vivir el tiempo fuerte de la fe, siempre con la misma intensidad, pero de maneras completamente diferentes.

El testimonio más eficaz que podemos dar es, en primer lugar, la obediencia serena y convencida a lo que nos piden los que nos gobiernan, tanto a nivel estatal como eclesial, a todo lo que se dispone para la salvaguardia de nuestra salud, como ciudadanos privados y como comunidades.

Es un deber de caridad y de gratitud que cada uno de nosotros, individualmente y como comunidad, intensifiquemos la oración incesante por todos los que nos están ayudando a vivir y a superar estos momentos difíciles. ¡Autoridades, gobernantes, profesionales de la salud de todos los niveles, voluntarios de Protección civil y Fuerzas armadas, todos aquellos que ofrecen su valioso trabajo por esta calamidad sean objeto de nuestra oración y del ofrecimiento de nuestros sacrificios! No dejemos de dar la valiosa aportación que cada uno puede dar con una oración continua e incesante

Pensamos en primer lugar en las comunidades de contemplativas que quieren ser signo tangible de oración constante y confiada por toda la humanidad. Pensamos en los muchos hermanos y hermanas mayores que acompañan cada día con su oración el ministerio y el apostolado de los que, en activo, se gastan con todas sus fuerzas para llegar a cada hermano y hermana necesitados. En estos días, con aún mayor ímpetu, intensificad

este precioso e insustituible apostolado vuestro, con la certeza de que el Señor no tardará en escucharnos y en su misericordia infinita alejará un flagelo tan grave.

¡Ofrezcamos con alegría al Señor el gran sacrificio que comporta no participar en la celebración eucarística! Vivámoslo en comunión con todos aquellos que cotidianamente no lo pueden hacer por la falta de sacerdotes.

Aquellos que puedan no dejen de mostrar signos concretos de cercanía a nuestro pueblo, siempre en conformidad con las disposiciones dadas por las autoridades a este propósito, y en total fidelidad a nuestros carismas, como en todas las épocas de la historia pasada y reciente, compartamos los sufrimientos, las ansiedades, los temores, con la confianza cierta de que la respuesta del Señor no tardará en llegar y pronto podremos cantar un solemne Te Deum de acción de gracias.

El Papa Francisco, precisamente ayer, haciéndose peregrino ante la Virgen Salus Populi Romani y el Crucifijo que salvó a Roma de la peste, nos ha querido recordar que los medios a nuestra disposición para erradicar desgracias y calamidades son en nuestros tiempos, tan tecnológicos y avanzados, los mismos que usaron nuestros antepasados. Oración, sacrificio, penitencia, ayuno y caridad: armas poderosas para arrancar del Corazón Eucarístico de Jesús la gracia de una curación total de una enfermedad tan insidiosa.

Queridas hermanas y queridos hermanos, a través de los medios modernos de comunicación tenemos la posibilidad de participar en celebraciones y momentos formativos; ¡tenemos la posibilidad de sentirnos menos solos y aislados y de hacer llegar nuestra voz a las comunidades más lejanas! Demos a todos un signo de esperanza y de confianza y, aun viviendo con ansiedad y aprensión estos días, estemos convencidos de que haciendo bien cada uno nuestra parte, ayudamos a la comunidad a salir de la presente hora oscura.

Acojamos con entusiasmo la invitación del Papa y encomendémonos ahora con toda nuestra fe a la querida Virgen del Divino Amor. Recemos todos los días, por la mañana y por la noche, la oración del Papa. «Tú, salvación del pueblo, sabes lo que necesitamos y estamos seguros de que proveerás para que, como en Caná de Galilea, pueda volver la alegría y la fiesta después de este momento de prueba».

Que ella, la querida Madre del cielo, nos ayude a vivir estos días difíciles con tanta esperanza, con una renovada unidad, con verdadero espíritu de obediencia a lo que se nos ordena, con la certeza de llegar a través de esta

prueba, a la hora bendita y gloriosa de la resurrección.

Os saludamos a todos con afecto y con estima deseando que la luz y el amor que provienen del Misterio Pascual del Señor penetren toda vuestra vida.

Joao Braz Card. de Aviz. Prefecto
José Rodríguez Carballo, O.F.M.. Arzobispo Secretario



Card. Joao Braz de Aviz



Mons. José Rodríguez Carballo

CONGREGATIO
PRO INSTITUTIS VITAE CONSECRATAE
ET SOCIETATIBUS VITAE APOSTOLICAE

Vaticano, 4 de abril de 2020

Queridos consagrados y consagradas:

Ya hemos llegado a la Semana Santa, culmen de una cuaresma que este año el Señor nos hace vivir de un modo especial.

De este modo especial nos disponemos a transcurrir los días más solemnes del año litúrgico, el Triduo Pascual, haciendo memoria de los grandes acontecimientos de nuestra fe.

La mayor parte de vosotros participará en las celebraciones a través de los medios modernos de comunicación, que nos dan la posibilidad de vivir en profunda comunión de vida y de oración.

Comunión sentida y sufrida, con esperanza y confianza, con las muchas comunidades visitadas por la actual enfermedad, que ha trastornado la vida de tantos de nosotros y que requiere cada día cambios, sacrificios y renunciaciones.

Sentimos una especial cercanía a cuantos vivís en vuestra carne tales dificultades y que, a pesar de todo, seguís asistiendo a los enfermos en las clínicas, a los ancianos en las residencias geriátricas, a la población de la calle, sin descuidar a las personas enfermas de vuestras comunidades. Estamos cerca de vosotros, Capellanes, que en los hospitales os prodigáis incluso por encima de vuestras fuerzas físicas!

Gracias por el precioso testimonio que nos ofrecéis, que ofrecéis a la Iglesia y al mundo. Estamos seguros que el Señor hará nacer de esta prueba tan dura una mies abundante de gracia y bendiciones y, lo deseamos con todo el corazón, de vocaciones que continuarán hoy los carismas suscitados por el Espíritu Santo en nuestra santa Iglesia.

Vuestros claros ejemplos de amor al Señor en el servicio a los hermanos y hermanas hasta las últimas consecuencias, como vemos en estos días, son el más bello testimonio de ese Seguimiento de Cristo por el que un día optamos como ideal de vida. Gracias por lo que sois y gracias por lo que hacéis.

El Jueves Santo agradecemos con mayor impulso al Señor el don del sacerdocio ministerial, la entrega del mandamiento nuevo del Amor recíproco y la Eucaristía que nos da la fuerza para poner en práctica este mandamiento.

El Viernes Santo abrazamos y besamos virtualmente el Crucifijo, reconociéndolo en los hermanos que sufren y mueren, abiertos a la gran Vigilia del Sábado Santo que, aunque en tiempo de gran sufrimiento, nos conduce sin duda a la celebración de la Resurrección, cuando con toda la Iglesia cantaremos el Aleluya junto con María, signo de consolación y segura esperanza.

Ánimo, hermanas y hermanos queridos, perseveremos incesantes en la oración con nuestro querido Papa Francisco y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para arrancar de la misericordia de Dios la gracia que todos esperamos. El Señor no tardará en escucharnos y en devolvernos la alegría y la fiesta del corazón!

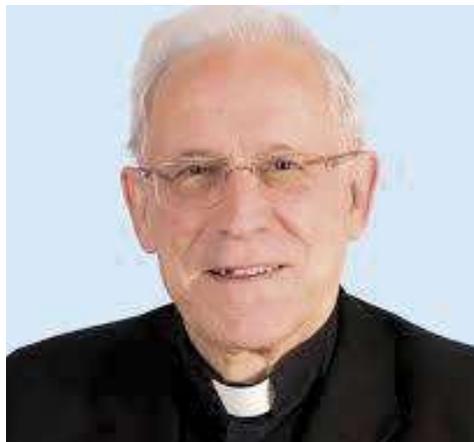
Feliz Pascua de Resurrección!

Joao Braz Card. de Aviz. Prefecto
José Rodríguez Carballo, O.F.M.. Arzobispo Secretario

NOTICIAS DE LA IGLESIA EN ESPAÑA

Carta del presidente de CLAUNE a las religiosas de España

Don Eusebio Hernández Sola, OAR, obispo de Tarazona, en una carta del 26 de abril de 2020 dirigida a la Presidenta de la CONFER nacional, tras reconocer la labor realizada por la vida religiosa e interesarse por la salud de todas las religiosas y religiosos durante estos meses de pandemia, reflexionó sobre la escena de los discípulos de Emaús, aplicada a la situación que hemos vivido. Reproducimos esta reflexión, extracto de la carta.



En el tercer domingo de Pascua hemos leído el hermoso pasaje bíblico de “Los discípulos de Emaús”. Es uno de los textos de Pascua que más me gustan. Y además ilumina muy bien la situación de incertidumbre, desconfianza y oscuridad que estamos viviendo en estas semanas.

Este relato nos describe la experiencia vivida por dos seguidores de Jesús, mientras caminan desde Jerusalén hacia la pequeña aldea de Emaús. El evangelista lo hace con tal maestría que nos ayuda a reavivar también hoy nuestra fe en Cristo resucitado que ilumina la desilusión y temores de la situación actual.

En un primer momento dos discípulos de Jesús se alejan de Jerusalén, abandonando el grupo de seguidores que se ha ido formando en torno a él. Se alejan del “centro” que hasta ahora les había ilusionado, de Jesús. Muerto Jesús, el grupo se va deshaciendo. Sin él, no tiene sentido seguir reunidos.

Sin embargo, estos discípulos siguen hablando de Jesús. No lo pueden olvidar. Comentan lo sucedido. Tratan de buscarle algún sentido a lo que han vivido junto a él. «Mientras conversan, Jesús se acerca y se pone a caminar con ellos». Les pregunta, les escucha, se interesa. «¿Qué conversación es ésa que traéis mientras vais de camino?» Es el primer gesto del Resucitado, cargado de finura, delicadeza, respeto.

Jesús es un gran pedagogo y psicólogo. Se acerca con mucho respeto a los dos discípulos, los acompaña, les escucha, pregunta, se interesa, se gana la confianza de los dos caminantes.

Qué importante es asumir esta actitud en nuestra vida, en nuestro encuentro con los otros, con nuestros hermanos religiosos/as o con nuestros sacerdotes o destinatarios: la cercanía, la escucha, la atención fraterna. Este momento de confinamiento forzoso es una oportunidad para crecer en nuestras relaciones fraternas. ¡Aprovechémoslo! La llave para abrir el corazón de las personas es la solicitud amorosa hacia el hermano. Es el primer paso para ganarte a la persona y mostrarle que la quieres.

¡Cuántas personas hoy están viviendo y muriendo solas! Muchos consagrados y consagradas estáis acompañando esos momentos de soledad y sufrimiento. Vuestro cariño y oración serán seguramente lo último que reciben en este mundo.

¡Y cuanto sufrimiento y dolor el de tantas familias que han tenido que despedir en la distancia a sus seres queridos, sin posibilidad de abrazar, acariciar y acompañar sus últimos momentos...! También estáis ahí acompañando el dolor y el duelo.

¡Qué significado tan profundo tiene para los seres humanos acercarse al otro, escuchar, acompañar y al mismo tiempo sentirse escuchado y acompañado! ¡Una mirada con cariño cuánto bien puede hacer en una persona enferma y sola! Hemos de estar atentos siempre, pero quizás en este momento más, a las urgencias del otro, especialmente al que nos necesita más. Nuestra actitud de servicio ha de estar despierta, a la vista, para saber mirar y anticiparnos con nuestro interés a la necesidad del otro. Cuando se contemplan las penurias de los demás se descubren las urgencias más hondas, que no siempre aparecen a primera vista. Y así pasar de la mirada al cuidado, con todo detalle y todo amor.

Jesús está a nuestro lado. Los discípulos no son capaces de reconocerlo, pero Jesús ya está presente, caminando junto a ellos. También en ese rostro desfigurado del enfermo está representado Jesús, aunque no lo reconozcamos.

En un segundo momento es Jesús el que habla. Los discípulos escuchan. La Palabra de Dios les va iluminando.

Escuchándole a él, van descubriendo su ceguera. “*¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?*” Se les abren los ojos cuando, guiados por su palabra, hacen un recorrido interior, la profundizan.

Es así. Si en la Iglesia, si en nuestras comunidades hablamos más de Jesús y conversamos más con él, nuestra fe revivirá y ayudaremos a los otros a despertar la fe. Qué necesario es que en nuestras comunidades nos hagamos la pregunta: “*¿Arde nuestro corazón escuchando su Palabra?*”

Sólo la Palabra de Dios descubre nuestras necesidades humanas y religiosas al mismo tiempo que alienta nuestros ideales y compromisos. En el camino de todo cristiano la Escritura nos ofrece la clave para interpretar la vida. Y esto sólo será posible si sabemos parar y hacer silencio, porque sólo desde un silencio atento es

posible ESCUCHAR, y descubrir a Jesús.

Qué importancia tiene para todos pero especialmente para los consagrados la Palabra de Dios. Cuando es escuchada, participada, compartida en una comunidad puede obtener frutos maravillosos, pues nos da una “especie de instinto sobrenatural” para percibir el paso de Dios en la historia. Ella sigue iluminando y acompañando nuestra vida consagrada. Dios sigue hablándonos a través de los acontecimientos de la vida, también en estos momentos en los que parece que todo está envuelto en tinieblas de oscuridad.

¿Qué nos quiere decir Dios con todo esto?. Retomemos y meditemos con nueva fuerza la dimensión profética de la vida consagrada, la dimensión escatológica de los consejos evangélicos. Ahí encontraremos tantas respuestas que la ciencia humana no puede darnos. Sí, tal vez hayamos olvidado un poco la identidad más profunda de nuestro ser y el testimonio más iluminador de nuestra vida.

En un tercer momento los discípulos recuperan el deseo, la ilusión y la necesidad de tenerle cerca: *“Quédate con nosotros porque anochece”*. La presencia de Jesús caldea, ilumina la vida de los discípulos y desean que se quede con ellos.

Qué alegría me proporciona a mí cuando mis hermanos sacerdotes me piden que los visite o la gente de los pueblos me invita a sus fiestas. Estoy seguro que también vosotros, queridos superiores, os alegráis muchísimo cuando comprobáis que vuestros hermanos/as solicitan vuestra visita y compañía. Aquellas visitas canónicas de hisopos y campanas han sido sustituidas por calurosas y fraternas acogidas. Son días de escucha, discernimiento y búsqueda de lo importante, de lo más necesario para vivir con alegría la vida fraterna en comunidad.

Pero será en la celebración de la eucaristía cuando *“lo reconocieron al partir el pan”*. Es “en el partir el pan” cuando se les abren los ojos y lo reconocen: ¡Jesús está con ellos! Descubren su verdadera identidad al descubrir la identidad del Maestro: *“Se les abrieron los ojos”*.

Cada Eucaristía construye la comunidad y nos compromete a vivir en comunión con la humanidad. En ella nos comprometemos a «lavar los pies» como Jesús especialmente a los más vulnerables desde la compasión y la libertad. No podemos olvidar que Juan, en vez del relato de la Cena, nos sitúa el lavatorio de los pies en la Última Cena. Estas actitudes profundas de entrega, de servicio, de amor gratuito y desinteresado son totalmente necesarias en una comunidad, especialmente de religiosos/as. Y así es como se actualiza la presencia del Cristo Vivo.

Sé que hoy muchas de vuestras comunidades no tenéis la posibilidad de celebrar la eucaristía, pero sé también la necesidad y deseo que sentís. Cómo os congregáis en comunidad para celebrarla virtualmente. De nuevo este tiempo es una oportunidad para hacer de la rutina algo nuevo, para vivir la eucaristía en su sentido más profundo.

A los discípulos de Emaús, la alegría de haberlo descubierto les pone en camino de regreso, de vuelta a comunidad anunciando: *“Verdaderamente ha resucitado”*.

El camino de Jerusalén a Betania es un camino de ida y vuelta. La ida a Betania, huyendo de la comunidad de Jerusalén con sabor a muerte, es un camino largo, triste, desesperanzado, con ganas de tirar la toalla.

El camino de vuelta, de Betania a Jerusalén, a pesar de tener los mismos kilómetros, se ha hecho muy corto, se ha hecho corriendo, con una alegría inmensa en el corazón y con unas ganas enormes de volver a la Comunidad para anunciar la Buena Noticia del encuentro con el Resucitado. Y, a partir de ahí, reconstruir la Comunidad rota.

Cuando nos ponemos en camino somos relanzados, recuperamos el significado de la comunidad y de la Iglesia. Lucas pone el acento en la comunidad como depositaria de la fe. Porque no existe Jesús sin Iglesia, ni una Iglesia sin Jesús.

Es más, tan pronto como Jesús desaparece de la celebración, los discípulos “salen corriendo” a encontrarse con la comunidad de la que antes habían huido. Es la Eucaristía la que hace a la comunidad y la comunidad la que celebra la Eucaristía. Por ello si la celebración de la Eucaristía diaria no nos incentiva a vivir fraternalmente, a querernos más, a perdonarnos más, algo está fallando.

Qué enriquecedor es que, después de una jornada intensa, volvamos a la comunidad y comentemos las diversas experiencias vividas. En medio de este mundo tecnológico e intercomunicado, de redes sociales, tenemos que aprender a vivir esta comunicación pero con el calor humano, de cercanía y afecto fraterno. Y más en estos momentos donde las tristes experiencias vividas o comentadas nos hacen sufrir a todos y las comunicaciones nos ayudarán a superarlas

No olvidemos que el testimonio más hermoso y creíble que podemos ofrecer al mundo de que Jesús ha resucitado es el que vivamos juntos, unidos, que nos amemos como hermanos/as.

Nota de la Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Española Ante el inicio de la salida del confinamiento

Ante el inicio de la salida del confinamiento La Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Española quiere expresar al Pueblo de Dios y a toda la sociedad española:

1. Nos alegra y damos gracias a Dios, de que la enfermedad vaya siendo controlada y pueda iniciarse, aún con reservas y precauciones, la recuperación de las actividades habituales de nuestra vida común. Tras este tiempo de dolor y sufrimiento a causa del fallecimiento de seres queridos y de los graves problemas sanitarios, sociales, económicos y laborales, hemos de afrontar esta situación con esperanza, fomentando la comunión y sintiéndonos llamados a ejercer la caridad personal, política y social.

2. Compartimos el dolor de miles de familias ante los fallecimientos causados por esta pandemia. Hemosorado por su eterno descanso y por el consuelo de familiares y amigos; queremos expresar nuestro deseo de celebrar en las próximas semanas las exequias con quienes lo soliciten en cada parroquia y, más adelante, en una celebración diocesana para manifestar la esperanza que nos ofrece el Resucitado.
3. Agradecemos de nuevo el trabajo realizado con generosa entrega por tantas personas de los servicios sanitarios y de numerosas actividades que hacen posible la vida cotidiana en nuestra sociedad. De forma especial, reconocemos la disponibilidad y el servicio de los sacerdotes, consagrados y laicos en estas semanas.
4. Continuaremos impulsando con las personas que se ven afectadas por la crisis económica y social, el trabajo de Cáritas y de otras instituciones eclesiales para paliar estas consecuencias de la pandemia. Ofrecemos los principios de la Doctrina Social de la Iglesia y la acción de los católicos en la reconstrucción de la vida social y económica, siguiendo el «plan para resucitar» del Papa Francisco.
5. Después de semanas sin expresar comunitariamente nuestra fe en templos y locales parroquiales, queremos recuperar progresivamente la normalidad de la vida eclesial. En esta fase de transición, mantenemos la propuesta de dispensar del precepto de participar en la Misa dominical y sugerimos a personas de riesgo, mayores y enfermos, que consideren la posibilidad de quedarse en casa y sigan las celebraciones por los medios de comunicación. Pedimos a los sacerdotes y colaboradores que hagan un esfuerzo por facilitar la celebración y la oración, cuidando las medidas organizativas e higiénicas. Las personas que acudan a la iglesia para las celebraciones o para oración personal, deben hacerlo siguiendo las pautas y recomendaciones que unimos a esta nota, siempre a expensas de las normas de las autoridades sanitarias.
6. Instamos a las autoridades de las diversas administraciones públicas, a los partidos políticos y organizaciones empresariales y sindicales, a otras asociaciones e instituciones, así como a todos los ciudadanos, al acuerdo y colaboración en favor del bien común. Todos estamos llamados a ser responsables en la convivencia para evitar en lo posible la expansión de la enfermedad y ayudar a los pobres y a quienes más padezcan las consecuencias de esta pandemia.
7. Nos unimos en la oración común que afianza la fraternidad, suplicamos la gracia del Señor y la luz del Espíritu Santo para discernir lo que Dios nos quiere decir en esta circunstancia; pedimos especialmente por los investigadores a fin de que alcancen un remedio a la pandemia. Nos ponemos bajo la protección materna de la Inmaculada patrona de España.

Madrid, 29 de abril de 2020

NOTICIAS DE LOS MONASTERIOS _____

Franciscanas de clausura se unen en oración por el fin de la pandemia

☞ La Hermandad Franciscana del Santísimo Cristo de la Humildad de Salamanca convocó y organizó la III Cadena de Oración Franciscana que congregó el sábado 4 de abril a las Franciscanas de clausura de España e Hispanoamérica para orar por la paz, por los cristianos perseguidos y, de modo muy especial, por todas las personas afectadas por el coronavirus, además de pedir por el fin de la pandemia.

La Cadena de Oración suplió la procesión del Sábado de Pasión que tenía lugar en las calles de Salamanca, que este año no se pudo tener a causa del confinamiento obligado, generado por el Covid-19.

Al respecto los organizadores han señalado en una nota de prensa, que ha compartido la Diócesis de Salamanca: “La supresión de la marcha penitencial, no puede menoscabar ese carácter oracional y reconocimiento de la Hermandad hacia los conventos de clausura”. De ahí que este año se haya escogido como lema de la Cadena de Oración: “La relación con el padre nunca se suspende”.

Fue una jornada muy especial, ya que expresó la unidad, desde la oración: “Estarán representadas –decía el comunicado– todas las comunidades autónomas de España y se sumarán a este momento oracional los conventos de clausura de las distintas órdenes religiosas de la provincia de Salamanca, así como diversos conventos de varios países de Hispanoamérica”.

[Con información de Diócesis de Salamanca y de *Gaudium Press* del 1 de abril de 2020]

Dulces para luchar contra el COVID-19

☞ Las Hermanas Clarisas de Vitoria han vaciado todas sus estanterías de repostería casera –más de 80 kilos de rosquillas, magdalenas, turrón de la abuela, pastas o trufas– para donarlo a los médicos, enfermeros, auxiliares, celadores y personal de limpieza y seguridad que ha estado en primera línea en el Hospital de Txagorritxu intentado salvar vidas y combatiendo al Covid-19.



Personal del Hospital Txagorritxu con los dulces de las Hermanas Clarisas de Vitoria

Las monjas han creído oportuno tener este pequeño gesto: “para que les aporte energía y fuerzas para poder realizar su trabajo diario”. La táctica del “Ora et labora” da frutos como estos: “Seguiremos rezando intensamente por todos ellos y preparando con mucho cariño y agradecimiento nuevas pastas”.

El personal sanitario que ha recibido esta donación ha agradecido mucho este “dulce gesto» de las Hermanas Clarisas y aseguran que lo repartirán entre todos sus compañeros para que ninguno desfallezca.

Dadles vosotros de comer, detrás de esa indicación del Maestro se encuentra el gesto de estas mujeres de clausura apreciadas por sus rezos y por la obra de sus manos: ¡una confitería irresistible!

[Con información de Religión digital del 27 de marzo de 2020]

Cambian la repostería por las mascarillas

☞ Las clarisas de Monforte, en la diócesis de Lugo, son conocidas por sus trabajos de repostería y el licor de café que sale de su monasterio. Pero muy pronto, en cuanto llegó la epidemia y ante la escasez de material de protección, decidieron cambiar su trabajo. Las nueve monjas se pusieron manos a la obra para confeccionar mascarillas, de manera que se pudiera paliar la escasez de este material.

Enviaron la primera remesa al hospital comarcal en un momento en el que las posibilidades de adquirir material sanitario estaban muy reducidas. Además,

después de este primer momento continuaron fabricando mascarillas y repartiéndolas a parroquias. Así se aseguraban que pudieran llegar a personas vulnerables frente al contagio por coronavirus. En concreto, enviaron un lote a la parroquia de A Estación.

Todo aquel trabajo se hizo con el miedo presente de que la infección entrase en algún momento a la comunidad, donde algunas de las monjas son de avanzada edad y, por tanto, pertenecen a los llamados grupos de riesgo en caso de desarrollar la enfermedad.

[Tomado de la revista ECCLESIA n. 4038, p. 20]

Más de mil pantallas

☞ Las madres dominicas y carmelitas de la diócesis de Segovia han realizado más de un millar de pantallas para el hospital de la ciudad. Estas monjas de clausura no dudaron ni un momento a la hora de ayudar a fabricar máscaras protectoras para los sanitarios. Durante estas últimas semanas han sustituido la labor artesanal que las caracteriza, por el montaje de protecciones frente al COVID-19. Ya han entregado a los sanitarios 1.200 de estas pantallas, y en cuanto tengan más encargos reanudarán la producción.

El material utilizado es plástico de 500 micras, reciclado 50%, muy transparente para que se pueda ver bien, sin problema de mareo. Está disponible en dos tamaños: de 20x30 centímetros y de 23x30'5, con pasador o hebilla cosida a máquina, para que después pueda adaptarse la pantalla a la medida de cada uno.

[Tomado de la revista ECCLESIA n. 4038, p. 26]



Monja dominica de Segovia con una pantalla

Las monjas de clausura elaboran mascarillas y organizan una intensa cadena de oración



Monjas agustinas de Sevilla concepcionando mascarillas

☞ Sevilla es una de las diócesis españolas con mayor presencia de la vida contemplativa. Se trata de una riqueza para la Iglesia, un «pulmón espiritual» que goza del respeto y al cariño de los sevillanos. Su tiempo se reparte habitualmente entre la oración y la elaboración de dulces con cuya venta cubren algunos gastos de sus comunidades, pero con motivo de la pandemia del coronavirus han intensificado la oración, participando en las cadenas que se han creado para rezar por el personal sanitario y los colectivos implicados más directamente en esta lucha. Además, han cambiado los hornos por las máquinas de coser, y muchas de ellas están surtiendo de mascarillas a hospitales, residencias y organismos que agradecen vivamente este servicio impagable. Ellas son: Clarisas Capuchinas del convento de Santa Rosalía; Carmelitas de Santa Ana; Concepcionistas de Osuna; Clarisas Santa Inés; Clarisas de Estepa; Clarisas de Alcalá; Dominicanas de Bormujos; Salesas; Mercedarias de Osuna; Dominicanas Madre de Dios; San Leandro; Las Teresas (Carmelitas) y Espíritu Santo.

[Tomado de la revista ECCLESIA n. 4038, p. 31]

Unidos en oración durante el COVID

☞ El proyecto «Con un solo corazón», que impulsó desde hace un año el hermanamiento de cada parroquia de la archidiócesis de Toledo con un monasterio de clausura, ha servido en especial durante este tiempo de pandemia.

Así lo explicó sor Lucía Girón, quien ha cumplido 60 años de vida contemplativa. Junto con sus 22 hermanas conocidas como las santiaguistas, estas monjas Comendadoras de Santiago, han experimentado durante esta triste situación de la pandemia, «el interés que el párroco ha demostrado por ayudarnos y cómo han correspondido muchos fieles con gran generosidad, con sus aportaciones, según las posibilidades de cada uno, para acompañarnos y suministrarlos lo que nos hacía falta». Por su parte, las hermanas han aprovechado «para tener más ratos de oración, turnándonos en la adoración y en la intercesión por todas las víctimas del coronavirus y de sus familias».

[Tomado de la revista ECCLESIA n. 4038, p. 32]

152 monasterios de clausura logran sobrevivir a la pandemia

☞ Ha cerrado la Campaña “Tu Clausura Mi Clausura” tras casi dos meses de su lanzamiento. Desde entonces “ha sido enormemente impactante la generosidad de cientos de personas hacia nuestros religiosos” apunta Santos Blanco, uno de los iniciadores de esta causa que buscaba ayudar en el sostenimiento de las personas de vida contemplativa que quedaron sin recursos durante la pandemia.

1776 religiosos, de 152 monasterios en España han logrado sobrevivir con los casi 150 mil euros recaudados a través de la web creada para la campaña: tuclausuramiclausura.org y repartidos a través de la Fundación “De Clausura” dedicada desde hace 14 años a atender y promover la vida contemplativa.

“Nos quedamos impresionados. Las personas no sólo donaron, también muchos de ellos nos mandaron peticiones de oración. Parece que esta campaña y sus circunstancias han vuelto a reunir en comunión la vida de la Iglesia entre todos sus miembros”, afirma Agustín de Asís, secretario general de esta fundación.

Además, los creadores de este movimiento invitan a través de la web a “acercarse al monasterio más cercano y conocer el torno online” que pone a disposición de todos productos artesanales realizados en conventos y disponibles en declausura.org, en el que se puede ver un video, grabado por las monjas, en agradecimiento a todas aquellas personas que pensaron y rezaron por su sustento.

[Tomado de zenit.org del 9 de junio de 2020]

NOTICIAS DE “CLAUNE”

¡Siempre a su disposición!

Con el deseo de poder atenderles mejor les informamos de los siguientes datos de interés para una mejor comunicación:

Dirección postal: C/ Raimundo Fernández Villaverde, 57-9º D
28003 MADRID

Horario y teléfonos: Sede: 915 539 671
De lunes a sábado: 9:00 - 13:30
Personal: 661 41 52 63
De lunes a viernes: 16:00 - 20:30

E-mail: info@claune.com claune@gmail.com
jcortega@claune.com

Página web: www.claune.com

Donativos: Cuenta (Banco Santander):
ES79 0075 7007 8906 0507 1916
A nombre de: Instituto Pontificio CLAUNE

Donativos y ayudas durante la pandemia del Covid-19

La pandemia del coronavirus no ha detenido la generosidad de nuestros socios. Una muestra más de que “el amor es más fuerte”. Durante los meses de marzo, abril mayo y junio se han recibido 56 donativos por un total de 68.366,91 euros.

Por nuestra parte, el Instituto Pontificio CLAUNE ha podido apoyar necesidades y proyectos de 19 monasterios de clausura por un monto total de 78.851,91 euros.

Agradecemos al Señor al constatar que su Amor sigue siendo más fuerte superando situaciones sociales y sanitarias. Y no dejamos de agradecer el gran don de la vida contemplativa para la Iglesia y la sociedad.

ENTRA EN EL GOZO DE TU SEÑOR _____

Al servicio de los demás hasta el último día

Sanitarios, policías... todos reciben con aplausos su homenaje a diario por estar en el foco de la pandemia de coronavirus, exponiéndose para proteger al resto. Pero no son los únicos. Miles de religiosos también plantan cara al coronavirus encargándose del cuidado de quienes más los necesitan.

Expuestos a la pandemia de Covid-19 por su labor, alrededor de un centenar de religiosos han fallecido de Covid-19. Son personas consagradas con nombre y apellidos que han fallecido en el ejercicio de sus funciones, siempre dedicados a los demás. En esta ocasión, de modo excepcional e indistintamente de la forma de consagración, recogemos historias que merecen ser contadas.

Madre Pilar Adámez. «Jesús, presiento mi última noche»

«Jesús. Presiento mi última noche», escribió en un mensaje la madre María Pilar Adámez, monja extremeña de clausura y superiora del monasterio Santa María de la Cinta (Huelva), antes de fallecer por coronavirus. Dirigido a su congregación, en el mensaje añadía: «Gracias mi Dios por unirme tan profundamente al dolor puro de tu entrega en Cruz». Fue su último testimonio en vida.

Monja oblata natural de Alange aunque vivió su infancia en Orellana (Badajoz), dejaba este mundo tras casi 60 años de clausura. Era una mujer «llena de ternura y de una gran sonrisa». Llegó a ser la madre general de la congregación de Oblatas de Cristo Sacerdote, fundando un convento en Perú en ese tiempo. Asimismo, bordaba casullas para presbíteros en su casa madre de Madrid.

La madre Pilar falleció con 80 años el pasado 28 de abril en un hospital de Huelva, localidad donde residía desde hace poco tiempo como superiora del monasterio Santa María de la Cinta.



Padre Vicente Elío. «Fue un sacerdote que dejaba huella todos los días en su colegio»



(Navarra, 1928) tenía la virtud de cuidar aun cuando lo hacía sin querer. Generaciones y generaciones de alumnos del Colegio Obispo Perelló de Madrid -al que dedicó más de 50 años- le recordarán siempre cerrando puertas y ventanas para que el calor no se escapara de las aulas en pleno invierno. Era la primera persona a la que veían cuando eran niños y acudían a su primer día de colegio. Fue amigo, confesor, profesor... un todo de sabiduría teológica con máster en velar por los más pequeños. Pedro

Hernández, ahora director del centro, no duda al destacar que las comuniones eran su «oficio estrella» en la Parroquia Nuestra Señora de Lluc. Más de 6.000 en medio siglo. El padre Elío era de esa pasta de antaño que podía con todo; tal es así que trabajó hasta que cumplió 90 años. Un religioso incansable al que llevan semanas homenajearlo sus alumnos y exalumnos con mensajes de cariño en las puertas del colegio que custodió buena parte de su vida.

El Colegio Obispo Perelló se queda huérfano de padre y la próxima Navidad será la primera en la que faltará el musgo que Elío siempre iba a recoger para el Belén que se monta cada año en este centro educativo. Otro recogerá su testigo y cerrará las puertas en las que este sacerdote dejaba su huella mañana sí, mañana también.

Sor Teresa Cabrera. «Le caracterizó su sensibilidad ante las injusticias sociales»



Nacida en 1944 en Tinajo (Lanzarote), sor Teresa Cabrera -perteneciente a la congregación de Hijas de María Madre de la Iglesia- se dedicó, desde sus inicios a enseñar a los niños más vulnerables. Pasó por Madrid, Canarias o Asturias, entre otros, para llegar a Don Benito (Badajoz), donde había llevado a cabo su última etapa educativa como **profesora de artes plásticas** y donde falleció el pasado 28 de marzo por coronavirus.

La sensibilidad de Sor Teresa Cabrera, cuentan sus compañeras de congregación, no solo se contemplaba en los cuadros de paisajes con las que obsequió a muchas de ellas o en los dibujos de rosas que les regalaba en cada cumpleaños. «Lo que más le caracterizó fue su sensibilidad ante todo lo que fuera injusticia social. Su empeño por conseguir que los menores en situación de riesgo acogidos en los hogares en los que ella trabajó pudieran

abrirse un camino en la vida y mejorar su situación familiar», relatan desde su congregación, donde recordarán, además de su entrega, el cariño y dedicación que mostraba hacia los niños.

Antonio Danoz. «Se jugaba la vida para evangelizar en el Congo»

De fuerzas infinitas, el sacerdote redentorista Antonio Danoz (Orense, 1929) dio sus últimos años al Camino de Santiago. Concretamente, a la Asociación de Amigos del Camino de Astorga y Comarca, tal como cuenta Juan Carlos Pérez, su presidente. Los peregrinos se convirtieron en su pensamiento diario hasta el punto de editar un libro de 35 oraciones para reflexionar durante esta travesía. Pero su vida siempre estuvo fuera.



Su pasión por transmitir la Buena Noticia del Evangelio le llevó a Venezuela y al Congo. Esta última una tierra -según cuenta Pérez- de coger el coche y lanzarse al riesgo en los años 70, y donde, entre otras cosas, sentó las bases de unos talleres para que las mujeres se formaran y pudieran ser independientes. Se jugaba la vida, literalmente, hasta que regresó a España para pasar la «jubilación», que se diría. Pero él no sabía estar quieto y así lo encontró el Covid-19.

Sor Amelia González. «Era una hermana muy humilde, sencilla y amable»

La vida de sor Amelia González, religiosa de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Albacete, estuvo dedicada hasta su muerte, el pasado mes de marzo, al cuidado de los mayores, llevando a cabo su labor en México y Cuba, para llegar finalmente a Albacete, donde falleció.



En los últimos años se encargaba de la labor de portería en el Asilo de San Antón de la ciudad, donde era muy apreciada. «Era una hermana muy humilde, sencilla y amable. Ha llamado mucha gente para dar el pésame. Era muy querida», explican desde su congregación, donde destacan que, durante sus últimos días y con la llegada de la pandemia de Covid-19, no dejó de preocuparse por la salud de los ancianos.

[Con información de ABC del 6 de mayo de 2020]

DEJARON HUELLAS

“Y NO AMARON TANTO SUS VIDAS,
QUE TEMIERAN LA MUERTE”

(Apoc. 12, 12).

SOR SAN JOSÉ SÁNCHEZ ROMERO, OP. MÁRTIR.

Por Ignacio Pérez Pérez

La “fecha de calvario” de aquella fatídica noche de 1937 ha despuntado ya en aurora radiante de gloria y resurrección plena con Cristo Resucitado. Hablamos del tránsito martirial de Sor Isabel Ascensión de S. José Sánchez Romero (popularmente conocida como “Sor San José”), monja dominica contemplativa del (hoy por desgracia extinto) monasterio de Madre de Dios de la Encarnación de Huéscar (Granada). El Papa ha aprobado el “Decreto de Martirio” y se procederá a su beatificación: por eso, continuando con el texto del Apocalipsis que encabeza el título, “estad alegres, cielos, y los que moráis en sus tiendas”.

Y como el sabio refranero español nos asegura que “los santos no nacen, sino que se hacen”, viajemos brevemente por la trayectoria biográfica de esta humilde monja trenzada de silencio, sufrimiento, ingenuidad, sencillez...y predilección de Dios. Nació en la primavera de 1861 en un caserío o cortijo próximo a la localidad de Huéscar, y desde joven sintió la llamada de Dios hacia la vida claustral, deseo que materializó en su juventud. No le faltaron pretendientes, e incluso uno de ellos se introdujo cierta vez en el locutorio del convento con malas artes, intentando disuadirla; ya aquí actuó la fortaleza de lo alto en su habitual “pobreza de espíritu” (cfr. 2Cor 12, 9), pues le expresó su decisión firme e inquebrantable de perseverar y le hizo marcharse inmediatamente, chasqueado y deshecho su propósito.

Cabe decir que, desde el primer momento, entró en la escuela de la humildad. Como en todos los monasterios antes del Concilio Vaticano II, había “monjas de coro” y “hermanas de obediencia” o “legas”, dedicadas a los menesteres más humildes (no obstante, ya dice S. Juan de Ávila que “en la casa de Dios

no hay oficio bajo”). Aunque hubiera podido su familia costearle la dote y que engrosase las filas de las primeras, ella voluntariamente optó por las segundas. Fue así, con toda verdad y autenticidad, una vida “escondida con Cristo en Dios” (Col 3, 3).

Si, a punto de cumplir los 76 años, recibió la “corona de la vida” (Apoc 2, 10) mediante el martirio “in odium fidei”, durante sus largos años de vida religiosa ya fue coronada con las espinas del martirio del alma (mediante los escrúpulos) y con una infección de la piel (martirio del cuerpo) que le dejaba tronco y extremidades hechos una llaga viva: no existían en aquel tiempo remedios médicos como ahora, y hubo de arreglárselas mediante una cura de hierbas o visitando (con el debido permiso) un balneario, cosa que la hacía sufrir más todavía por separarse de su amado recinto vital.

Nos asegura la que fue su última Priora y autora de la semblanza biográfica en su honor, M. Concepción Ruiz, que, junto a los detalles de delicadeza de conciencia (como su porfía en honrar a la Santísima Virgen, su preocupación por pedir el mejor pedazo de jabón para lavar con todo cuidado los purificadores y corporales destinados al altar), mostraba otros que dejaban entrever la oscuridad interior que le atenazaba. Se consideraba la peor criatura del mundo y que todos los males que afligían la tierra eran en castigo a sus numerosas (e inexistentes) culpas. Gozaba mucho cuando encontraba un confesor que la comprendía y la sacaba de la lobreguez de su cárcel. La M. Concepción, joven e inexperta entonces, era su confidente: le resolvía todos sus apuros y la dejaba tranquila por algún tiempo. Una existencia así parecería que ya había sido suficientemente probada, pero en el atardecer de su vida (cuando se verifica el “examen del amor”, en palabras de S. Juan de la Cruz) dio esta vida cuajada de méritos el supremo y más sangriento paso.

Corría el verano de 1936 cuando una tromba de milicianos asoló Huéscar; las personas seglares (señaladas como católicas y amigas de hacer bien a la Iglesia) que pudieron, huyeron al campo intentando ponerse a salvo de la suerte que les esperaba, pero nadie pensó, en un principio, en las monjas, que padecían el tormento de la inseguridad y de la incertidumbre. Puestas en manos del



alcalde en aquellos momentos, confiadas en que la autoridad las protegería, su desencanto fue tanto mayor cuanto que vieron arrasado el convento, la comunidad dispersada, y amenazados a aquellos que les dieran asilo. Con esta precariedad, y en aquellas duras condiciones donde la muerte era más una probabilidad que una posibilidad, llegamos a febrero de 1937.

La anciana Sor San José, a sus 75 años, estaba en el domicilio de unas sobrinas. Deseaba felicitar a otra monja y tratar estrecheces de conciencia con la M. Concepción, saliendo imprudentemente de la casa. Durante la última entrevista que mantuvieron priora y súbdita en este mundo, Sor San José le dio a entender que era necesaria la ofrenda de una vida para alejar el flagelo de la guerra española, y que la suya había sido aceptada. La Priora trató, en la medida de lo posible, de aquietarla (pensando que aquellos sentimientos brotaban de su espíritu entenebrecido) y de reñirle maternalmente por haber abandonado su refugio. Poco después, cabecillas rojos la detenían a ella, a su sobrino, y a otras personas de orden del pueblo, infligiéndoles las más indescriptibles vejaciones, aparte de la muerte. Con nuestra mártir se ensañaron intentando que blasfemase, mutilándola horriblemente y amenazándola con que moriría si no repetía lo que ellos le dijeron. A lo que ella respondía valientemente que nunca lo haría y que sabía que le aguardaba la muerte. “Porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte”, había escrito S. Pablo (2Cor 12, 10) varios siglos antes. Después de asesinar al resto de presos, viendo que seguía con vida, la volvieron a acometer y machacaron su cabeza con dos piedras, liberando a aquella alma de la cárcel del cuerpo y de la cárcel en que había sido injustamente recluida y maltratada.

Acabada la contienda, su cuerpo fue debidamente inhumado en el cementerio conventual. Las monjas habían encargado (para venerar privadamente), a comienzos del presente siglo, un cuadro al famoso pintor, recientemente fallecido, hijo de Huéscar, Jaime Dengra. En él destacaba la figura bondadosa de la anciana y su supremo testimonio de fe y amor. Lamentablemente, el monasterio de Huéscar cerró sus puertas, pero no por ello ha de perderse la memoria de esta entrañable heroína que ya forma parte del séquito de portadores de palmas y vestidos con blancos ropajes de que nos habla el Texto Sagrado (Apoc. 7, 13).

La gloria que piadosamente se creía había obtenido desde el momento de morir, ha venido a confirmarla el Papa, rubricando otra nueva página de aquellas actas martiriales, manifestando, una vez más que Dios elige “lo débil del mundo, para confundir a los fuertes” (1Cor 1, 27).

LIBROS

Lourdes Grosso García (ed,)

FIDELIDAD. DE DIOS Y EN LA VIDA CONSAGRADA

EDICE, Madrid 2020

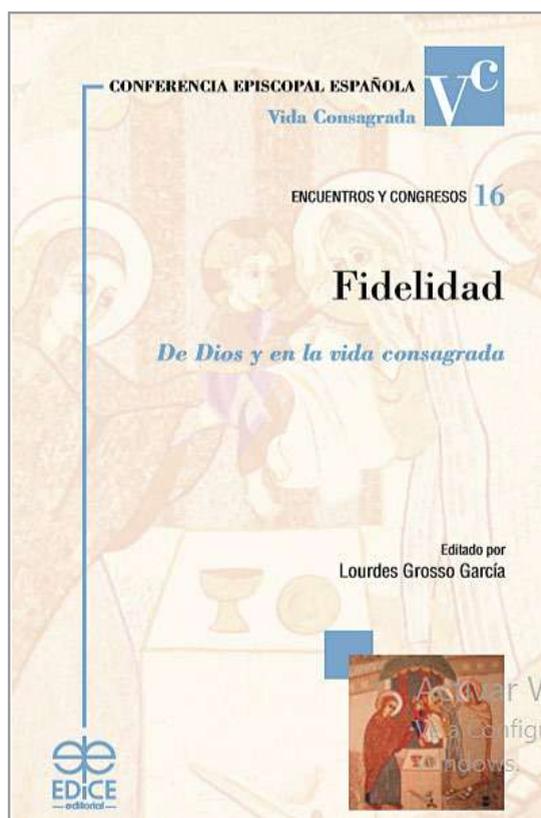
«**A** cada uno se le pide *no tanto el éxito, cuanto el compromiso de la fidelidad.*

Lo que se debe evitar absolutamente es la debilitación de la vida consagrada, que no consiste tanto en la disminución numérica, sino en la pérdida de la adhesión espiritual al Señor y a la propia vocación y misión» (VC 63). Hoy, con más fuerza si cabe, hemos de hacer nuestras estas palabras.

Hablar de fidelidad puede parecer utópico, ilusorio o, cuanto menos ingenuo. Y, sin embargo, negar la fidelidad contradice y hace imposible la consagración. Hoy, más que nunca, es la hora de la fidelidad. De describirla, proclamarla, enseñarla y sobre todo vivirla.

La fidelidad es una forma de ser, una forma de vivir en lo cotidiano que ha de caracterizar a todo cristiano y de forma especial a los consagrados. Formar para la fidelidad es formar para la libertad y la responsabilidad, pues libertad y fidelidad no se oponen, más bien se sostienen mutuamente.

Agradecemos a los autores el magnífico trabajo realizado y auguramos que esta obra nos anime a responder con fidelidad a la inquebrantable fidelidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.



El Padre Nuestro desde el otro lado

Por Jose María Rodríguez Olaizola, SJ



Hijo mío, que estás en la tierra
haz que tu vida sea
el mejor reflejo de mi nombre.
Adéntrate en mi Reino
en cada paso que des,
en cada decisión que tomes,
en cada caricia y cada gesto.
Constrúyelo tú por mí, y conmigo.
Esa es mi voluntad
en la tierra como en el Cielo.
Toma el pan de cada día
consciente de que es un privilegio y un milagro.
Perdono tus errores,
tus caídas, tus abandonos,
pero haz tú lo mismo
con la fragilidad de tus hermanos.
Lucha por seguir el camino correcto en la vida
que yo estaré a tu lado,
y no tengas miedo
que el mal no ha de tener en tu vida
la última palabra. Amén.